

Gustavo Lencina

LOS MASONES Y EL PODER OCULTO

De los *Illuminati* y las logias de la
Independencia a las actuales
sociedades secretas



CONJURAS 

 L.D. Books

Gustavo Lencina

LOS MASONES Y EL PODER OCULTO

De los *Illuminati* y las logias de la
Independencia a las actuales
sociedades secretas



CONJURAS

 L.D. Books

Los masones y el poder oculto

 L.D. Books

Los masones y el poder oculto

© *Gustavo Lencina*



D.R. ©Editorial Lectorum, S.A. de C.V., 2022
Batalla de Casa Blanca Manzana 147-A Lote 1621
Col. Leyes de Reforma, 3a. Sección
C. P. 09310, México, D. F.
Tel. 55 5581 3202
www.lectorum.com.mx
ventas@lectorum.com.mx

Cuarta reimpresión: mayo 2022
ISBN: 978-607-457-736-5
Colección CONJURAS

D. R. © Portada e interiores: Mariel Mambretti
Características tipográficas aseguradas conforme a la ley.
Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización
escrita del editor.

Índice



.

[Prólogo](#)

[Capítulo 1 · Los cimientos](#)

[Capítulo 2 · La construcción](#)

[Capítulo 3 · El laberinto de los iluminados](#)

[Capítulo 4 · La hoguera de París](#)

[Capítulo 5 · Al otro lado del mar](#)

[Capítulo 6 · El gran tablero latinoamericano](#)

[Capítulo 7 · La logia madre y la madre de la logia](#)

[Capítulo 8 · Sociedades secretas de hoy: en las cumbres del poder](#)

[Epílogo · ¿Quién teme a la masonería?](#)

[Apéndice fotográfico](#)

[Bibliografía](#)

■

A los Maestros anónimos, cuyo aliento agita las páginas de la Historia. Gracias, una vez más, a Dalia Goldman, Vivi Pérez y Marcia Pérez, ángeles del conocimiento y la alegría.

Prólogo

Las raíces históricas

Desde su despertar al mundo, el Hombre se valió de su conciencia para conocer e interpretar su situación en la vida. Enseguida (esto es un decir, digamos que le llevó sólo algunos miles de años) comprendió que entre las bestias que le rodeaban había algunas muy parecidas a él y las llamó congéneres. Y su instinto gregario lo llevó a establecer formas primitivas de organización social. Pero el ser humano, por naturaleza, además de sociable es conspirativo y, apenas logró crear las normas mínimas de convivencia, sintió el impulso de intrigar por fuera de ellas, a fin de obtener beneficios adicionales.

De este modo, aquel hombre primigenio se demostraba a sí mismo su capacidad y vocación por vivir simultáneamente en realidades distintas. Era uno con los líderes de su clan, otro con su familia, otro con sus amigos y otro con sus *cofrades*, aquellos con quienes se confabulaba para obtener alguna ración extra de poder. Lo hacía a espaldas del orden establecido y de los valores comunes. Lo hacía

furtivamente, arriesgándose, desde el momento mismo de ocultarse, a ser descubierto. Lo hacía con otros que pensaban como él.

Así fue que, junto con el desarrollo mismo de la vida en comunidad, nació la idea de “sociedad secreta”. A lo largo de la historia existieron todo tipo de agrupaciones de esta índole; algunas duraron siglos, otras sólo hasta que cumplieron sus objetivos, y otras hasta que fueron eliminadas, prohibidas o simplemente se disolvieron con los años.

Pero, de entre todas ellas, hay una que surgió con los albores del cristianismo y no sólo todavía existe, sino que continúa operando e intrigando. Es una sociedad tan antigua que parece que siempre hubiera estado allí. Una corporación cuya actividad nunca ha sido del todo clara, cuyos miembros son reacios a dejarse conocer, que ha envuelto sus actividades en una especie de velo elegante, pero también cuyas huellas y señales se encuentran nítidamente grabadas en los hechos más importantes de la historia. Por supuesto, hablamos de la masonería.

Según sus propios enunciados, se trata de una sociedad “filosófica, filantrópica y progresista sin fines de lucro”. En principio, nada más loable. Pero se trata de una corporación cuyo motor es el ocultamiento. Lo sabido sobre ella es apenas lo entrevisto en laberintos, puertas ocultas, palabras que dicen otra cosa. Para estudiarla y acceder a un atisbo de verdad, sólo podemos atenernos a algunos pocos indicios de sus acciones, sus métodos y su comportamiento interno. En ella todo es como esos grandes escritorios medievales, repletos de cajones y compartimentos falsos, grabados antiguos y tinteros que nunca se vacían. Resulta entonces inevitable preguntarse a qué obedece tanto misterio. En definitiva: ¿qué es lo que se trata de ocultar y para qué?

La clave para comprender el porqué de este perpetuo secretismo se encuentra en las raíces mismas de su pensamiento y su iconografía. En el Ojo de Horus enmarcado por aquel triángulo inicial definido por tres rectas: la vida espiritual, el arte arquitectónico, los vínculos secretos.

Divinidad y arquitectura

Desde tiempos inmemoriales ha existido una íntima relación entre el desarrollo de las religiones y los constructores de santuarios. Testimonio de ello son las pirámides de Egipto, los antiguos templos aztecas, las inmensas catedrales góticas, los mausoleos griegos, las mezquitas islámicas. No existe religiosidad sin oratorio, y en este sentido se podría decir que la presencia de un imponente edificio, con o sin imágenes religiosas, pero siempre amplio, silencioso, provisto de una buena dosis de mística e invitación al recogimiento, es un elemento fundacional de cualquier culto que aspire a trascender.

Claro que no suele ser el sacerdote o el intérprete del dogma la misma persona que siembra los cimientos y eleva los muros del edificio. Para llevar a cabo estas construcciones complejas, duraderas, gigantescas, hace falta un saber práctico que, por línea general, está reñido con el estudio de los documentos sacros o las interminables horas de oración que requiere un sacerdocio. A su vez, el hombre de ciencia, si bien resulta necesario, suele ser objeto de desconfianza por parte de las autoridades religiosas. Se ha dado entonces, a lo largo de los siglos, una discordante relación en la cual los sacerdotes se valían del conocimiento de los constructores sin dejar de vigilarlos, presionarlos y muchas veces traicionarlos (sobre todo, a la

hora de abonar por sus servicios). Era una relación de servidumbre regulada apenas por el poder de ese conocimiento que los constructores sabían preservar. La arquitectura sagrada era su don; una gracia cuyo producto final poseía el valor de lo irrefutable, y que guardaba un significado que resultaba irritante para los jefes eclesiásticos de cualquier clase: los constructores constituían el símbolo más concreto entre lo terrenal y lo divino.

Desde el origen mismo de la antigua Roma, los Colegios de Oficios (*Collegia Fabrorum*) gozaban de gran relevancia social. Ya en el siglo VII a.C., su poder era comparable al de los actuales sindicatos. Eran los maestros carpinteros, los proveedores de armas para los ejércitos, los constructores de empalizadas y murallas. Todos ellos, cada cual en su especialidad, cultivaban un fuerte espíritu corporativo, resguardaban los secretos de su arte seleccionando cuidadosamente a los aprendices y se unían ante los poderosos que requerían de sus servicios a fin de obtener ventajas económicas. Poseían sus propios rituales, creencias y tradiciones, herederas de en alguna medida de fuentes más antiguas (griegos, egipcios y pueblos de la Mesopotamia).

Centurias más adelante, en el siglo V de nuestra era, cuando se produjo la caída del Imperio Romano, los constructores, desperdigados por todo su territorio, debieron adecuarse a las necesidades de los invasores. No les fue difícil, ya que su conocimiento era respetado y requerido por los nuevos amos. Así los que se encontraban en lo que hoy es el norte de Italia fueron reclutados por los lombardos; los que estaban en las zonas de España y Francia pasaron a atender las demandas de los visigodos, y muchos se refugiaron en los pocos sitios respetados por los

bárbaros: los conventos cristianos pertenecientes a la Orden de San Benito.

De este modo, los maestros constructores se convirtieron en asistentes y asesores de muchos de los frailes que viajaban incansablemente llevando la doctrina cristiana hasta Bélgica, Austria, Alemania, Inglaterra, Irlanda. El contacto con estos pueblos, sumado al intercambio constante con los benedictinos, constituía un importante flujo de conocimientos que, fieles a su tradición, anotaban, aplicaban y perfeccionaban en la construcción de los grandes santuarios católicos que florecían por toda Europa. Se dice que fue de los alemanes de quienes recibieron el nombre de *metzen* o *machun*, que en Francia se convirtió definitivamente en *masón*.

El encanto de la agremiación

En este proceso se dio una interesante paradoja. Para aquellos proto-masones, el pasaje de construir empalizadas a erigir templos requirió la elevación de su oficio a la categoría de ciencia. La ciencia estuvo desde siempre abocada a la búsqueda de la verdad, y para aquellos primitivos arquitectos la verdad estaba encerrada en la correcta interpretación de la naturaleza. Este enfoque los situó por encima de los dogmas religiosos, pero al mismo tiempo los mantuvo conectados con lo concreto. Su espiritualidad se tornó profunda, desprejuiciada, práctica, y más pura. Su objetivo no estaba puesto en la manipulación de la conciencia sino en el dominio de la materia. Lo suyo era “real”. Y también por ello, su devoción tenía que ver con lo trascendente.

Fue el estudio de lo físico el que los llevó a la comprensión de lo metafísico. En la Biblia estaba la Palabra, el origen, pero para desarrollar la Verdad sobre la Tierra necesitaban la regla, la escuadra y el compás.

Para estos místicos albañiles, la Iglesia era básicamente una fuente de trabajo de la que se debía recelar. Su trato con el clero era demasiado cotidiano y doméstico como para que no se conocieran sus mutuas debilidades. A la vez, las autoridades religiosas eran perfectamente conscientes de que los constructores no entregaban nunca todo su conocimiento, lo cual podía ser considerado una estrategia comercial; y tampoco terminaban de entregarse al dogma. Investigaban cuestiones incómodas, arrojaban conjeturas para resolver enigmas que la Iglesia había resuelto ya de manera clara y contundente; guardaban secretos —muchos secretos—, ocultaban su saber, jugaban al límite con todo lo bueno y verdadero. Para los sacerdotes, lo ideal hubiera sido poder adquirir esos conocimientos y formar sus propios monjes constructores, pero estos cuasi-hereses arquitectos no se lo permitían. Todo lo contrario. A fin de organizar y asegurar su hermetismo, comenzaron a agruparse en cofradías o hermandades, lo que sería el verdadero germen de la construcción de un gremio.

Con el advenimiento de una nueva etapa histórica de desarrollo económico, social y político, que configuró la Alta Edad Media, las hermandades comenzaron a ser solicitadas ya no sólo por el clero, sino también por los nobles y los señores feudales. Esto fortaleció aun más al gremio y debilitó el poder que la Iglesia tenía sobre ellos.

Los constructores comenzaron a viajar y a acumular riqueza. La incipiente burguesía requería cada vez más de sus servicios. Como gente pragmática que era, decidieron consolidar aun más su posición. Reafirmaron sus códigos de

lealtad, recopilaron y organizaron sus viejas leyendas a fin de crearse una tradición, generando así una cultura propia. Aun manteniéndose cuidadosamente dentro de los límites impuestos por la nobleza y el clero, supieron refrendar sus rituales, estrechar sus filas, elegir cuidadosamente a quién impartían conocimiento y, sobre todo, guardar sus secretos.

De la defensa del oficio a la vocación política

El disimulo, como estrategia, puede ser considerado en función de dos objetivos principales: protegerse y dominar. Ciertamente, también sirve para espiar, esconder y conspirar. Pero estas últimas actitudes no dejan de ser derivaciones de las dos primeras. Desde hace siglos, el péndulo de la masonería oscila entre ocultar y dominar, y en ese devenir ha dejado su impronta claramente tallada en muchos de los episodios más importantes de la historia.

Existe toda una mitología acerca de los hechos en los que ha estado involucrada la masonería, y sobre los hombres que han pertenecido a ella. Se sabe que personajes tan disímiles entre sí como George Washington y José de San Martín, Danton y Federico II El Grande se alistaron en sus filas, recorrieron los mismos pasos y elevaron los mismos juramentos.

Igualmente, hay que reconocer que al común de la gente le gusta ver conspiraciones donde no las hay. Por eso es necesario siquiera intentar una suerte de inventario, lo más riguroso posible, de los eventos en los cuales existen pruebas concretas de que la masonería tomó parte.

Se sabe que los masones jugaron un rol muy activo en el inicio de la Guerra por la Independencia de los EE.UU. (hasta existen versiones acerca de que detonaron deliberadamente

las revueltas para luego guiarlas desde las sombras). De modo mucho más nítido, se percibe su presencia durante la Revolución Francesa, si bien en esa ocasión la marea de la historia, espoleada por los vientos del Hombre, los arrasó en su propio éxito como un incendio que devora a quien lo inició. Fue así como se vio a masones guillotinando a masones, no una, sino muchas veces, una escena inconcebible para el juramento principal de la logia.

Pero también es cierto que, si por un momento nos atenemos a la visión más paranoica, y asumimos como real su participación en cuanta conspiración se les adjudica, entonces los masones quedarían muy bien parados. La masonería estuvo presente en las luchas por la independencia de los pueblos de Latinoamérica, la abolición de la esclavitud, la unificación de Italia, la secularización de las ciencias, la enseñanza laica, la formación de las Naciones Unidas, el desarrollo del socialismo humanista y muchos eventos más. Ello, además de mantener una presencia fuerte y constante en la lucha contra las monarquías, los imperios, los estados absolutos y, especialmente, el poder político de la iglesia católica.

Todo esto es real, aunque hay muchos otros hechos en los que la influencia masónica no ha sido admitida o debidamente comprobada. Y, sin embargo, los símbolos de la orden están allí, grabados en la piedra, evocados en la esencia del pensamiento, como una firma sutil.

¿Se trata entonces de una especie de secta de superhéroes que desde hace siglos luchan por la libertad del hombre y la emancipación de su conciencia?

Es seguro que a muchos masones les gustaría definirse así. Pero la Hermandad no deja de ser una costumbre humana; una y otra vez ha mutado, se ha ramificado, se ha desviado